

EL TEATRO

DIRECTOR
JOSÉ DEL PUERTO

PUBLICACION MENSUAL

ADMINISTRACION
57 SANTA ENCEACIA 57



DOLORES MONTI

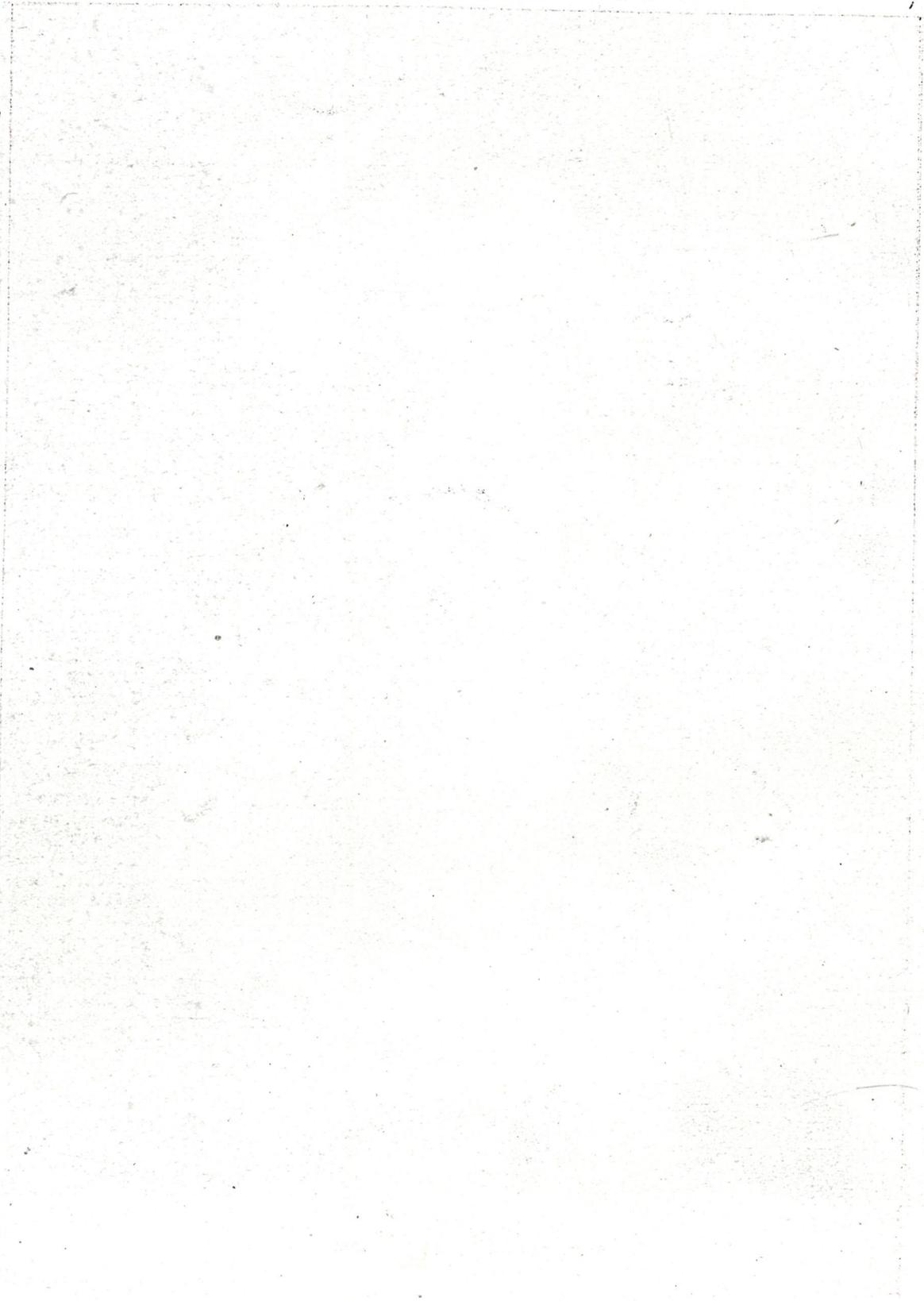
PRIMERA TIPLE DEL TEATRO DE LA ZARZUELA

(Fot. Kaulak)

ON CAN

...

...



EL TEATRO

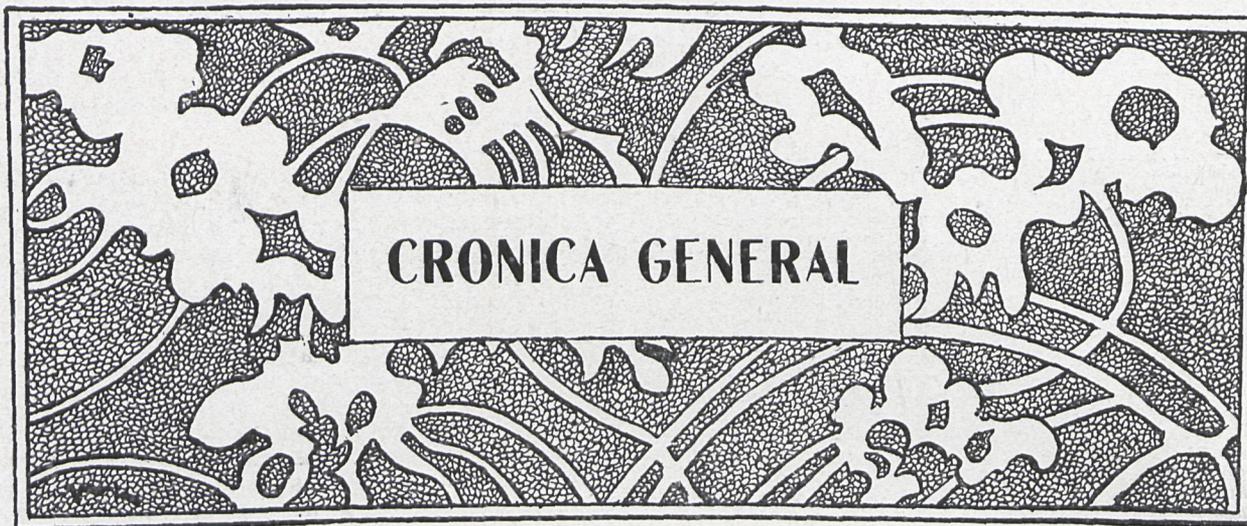
Núm. 62

Noviembre 1905



MARIA GUERRERO
EMINENTE PRIMERA ACTRIZ DEL TEATRO ESPAÑOL

Fot. Audouard



MIENTRAS Loubet y sus acompañantes franceses visitaban nuestros museos y nuestros teatros y recibían en calles y plazas las aclamaciones del pueblo de Madrid, el ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, ceñidas las mohosas armas de sus bisabuelos, calada su media celada, al brazo la adarga y lanza en ristre á lomos de Rocinante y seguido de Sancho, acababa de entrarse de rondón por las puertas de la Comedia Francesa.

Cuantas revistas he leído acerca de la representación de *Don Quichote*, drama heroico-cómico en verso, en tres partes y ocho cuadros, original del poeta Richepin, convienen en que la figura del ingenioso hidalgo no cabe en el estrecho marco de la escena. Siempre que se ha intentado llevar la figura de Don Quijote al teatro—escribe Emmanuel Aréne en *Le Figaro*—se ha encontrado aquél demasiado pequeño para los grandes brazos y largas piernas del caballero de «la triste figura».

Y triste, muy triste debe de haberla hecho el bueno de Alonso Quijano en las manos aunque poéticas, en esta ocasión pecadoras, del autor de *La Chanson des gueux*. Por lo que se desprende de las crónicas que publican los críticos de París, Richepin ha hecho mangas y capirotos del libro inmortal. En primer lugar el poeta, en vez de aquella sobrina Antonia, «medrosica casera y encogida», en que Unamuno cree ver y yo pienso que atinadamente, la encarnación de la mujer española, ha hecho á Don Quijote nada menos que tío de la hermosa cuanto discreta Dorotea, la cual no está enamorada según lo que Cervantes, por boca de ella nos refiere, de D. Fernando, sino de Cardenio el desventurado amante de Luscinda.

Y por cierto que este episodio del *Quijote* tampoco parece conocerlo el crítico del *Figaro*, lo que en tal caso probaría que en todas partes cuecen habas y que allí hay también escritores que hablan de la mar sin haberla visto y de obras como el *Quijote* sin haberse enterado de ellas. «Cardenio y Dorotea—dice Emmanuel Aréne—llenan seguramente la obra, pero no acaparan la atención. Dorotea, fiel á su Cardenio, pero perseguida por el enamorado D. Fernando, da lugar á varias escenas...» Todo el mundo sabe que en la novela, ni Dorotea tiene para nada que ser fiel á Cardenio, ni se ve perseguida por D. Fernando, sino que ella es la que le busca. Y

puesto que Richepin ha hecho aquel pisto, verdaderamente manchego, el crítico hubiera debido poner los puntos sobre las íes.

Pero en fin,—sea de esto lo que fuere—lo que ha gustado mucho al público y á la prensa parisienses, es la escena en que D. Fernando roba á Dorotea, según la moda española, (*sic*) «á la luz de la luna y al son de las guitarras.» Claro es que en la historia auténtica de Dorotea no hay nada de robo á estilo de España; pero había que dar á nuestro país ambiente de pandereta, y allá fueron las guitarras, la obligada serenata, el *clair de lune* y no sé si las castañuelas.

Otro episodio del *Don Quijote*, también de la propia cosecha de Richepin, es una escena entre el caballero de la triste figura y Dulcinea del Toboso. Traduzco á continuación literalmente esta escena, á fin de que vean mis lectores una leve muestra de cómo ha sido tratada por el poeta francés la sublime creación de Cervantes.

ESCENA XVI

Aldonza Lorenzo, Don Quijote y Sancho

Aldonza entra bruscamente por el fondo, andando á grandes zancadas: es una alta y robusta campesina de veinticuatro años, de belleza hombruna, de tez tostada, sanguínea y curtida, bigotuda, violenta y gritona. Lo que por acá llamamos un marimacho.

ALDONZA. (*Avanzando*).—¿Sois vos ese malhadado Don Quijote, caballero ridículo, alabancioso, viejo loco, comprometedor de mozas honradas?

(*Se detiene á tres pasos de Don Quijote y se cruza de brazos*).

DON QUIJOTE. (*Estupefacto*).—¿Quién es este marimacho?

(*Sancho va á reirse, pero se contiene ante una mirada furiosa de Aldonza*).

ALD. (*Amenazadora*).—Cuidado con insultarme delante de vuestro criado, (*apretando los puños*) ó del primer boleo os echo á rodar, no obstante vuestra estatura y vuestros bigotes. (*Con orgullo y dando voces*). Habéis de saber que los mozos más forzudos de mi aldea y los más fornidos de los alrededores, muchachones de lomos recios, anchos de hombros y de pelo en pecho, sienten de repente que el miedo les altera el vientre, y que se les pone blanco como harina el hocico cuando ven delante de ellos á Aldea Lorenzo.

D. QUIJ.—¡Ella! ¡Gran Dios! (*Se deja caer en una silla, cogiéndose la cabeza con las manos*). ¡No, no, piedad!

SANCHO. (*Aproximándose cariñosamente á Don Quijote*).—¡Pobre amo mío!

ALD.—Con vosotros dos y alguno más me atrevo. Dos sacos de grano en el cogote no me hacen doblar el cuello. Cuando grito «fuego» desde lo alto del campanario, se me oye en diez leguas á la redonda.

(*Sentándose enfrente de Don Quijote*).

Y ahora hablemos. ¿A qué viene eso de decir á todo el mundo que yo soy vuestra dama y esto y lo otro y lo de más allá? ¿Os parece eso bien? Pues á mí no. (*Don Quijote va á arriesgar una tímida réplica y Aldonza no le deja*). Basta. Ye sé lo que vais á responderme.

¿Es poniéndome motes como el señor se divierte con la patulea de sus criados? (Por Sancho). A mí no me gustan los motes. Todo el mundo sabe que esa Dulcinea de quien vos habláis soy yo. ¿Me tenéis por una perdida de quien un cualquiera pueda llamarse su querido desacreditándola en todas partes?

(Don Quijote hace gestos como protestando de las suposiciones de Aldonza). ¿Que no? Pues, ¿por qué malhaya yo, os burláis de mí? En la cesta de mi corazón no faltan frutas sabrosas, calculad si pudiendo elegir marido á mi gusto habria de cargar con un soldado viejo á quien de un soplo se le tira patas arriba.

(Se aleja encogiéndose de hombros. Don Quijote la sigue; Aldonza se vuelve y se encuentra frente á frente con él).

ALD.—En fin: que os prohibo que me comprometáis. (Con insistencia, marcando mucho las sílabas y sacudiendo el índice delante de las narices de Don Quijote). Os prohibo, os lo digo en vuestras barbas, que insistáis. Guardaos vuestros anuncios y simplezas y metéos en cura. De lo contrario, (con la mano en actitud de pegar) cuidado con los bofetones... (Al ir á salir, Don Quijote la detiene con un gesto suplicante, después se inclina mientras la habla y acaba por arrojarse).

D. QUIJ.—(Con mucha dulzura).—No sabéis cuál es mi inocencia y cuánto os engaños. Dejadme que suavemente, humildemente, os lo explique á vuestros pies. No es difícil ver que mi amor...

ALD.—¡Todavía! (Al inclinar Don Quijote la cabeza, ahogando un sollozo, la moza le pone un pie en la nuca haciéndole dar de bruces en el suelo). ¡Viejo imbecil!

(Salta por encima de él y se aleja corriendo).

ESCENA XVII

Don Quijote, Sancho

(Don Quijote se queda llorando con la cara junto al suelo).

SANCHO. (Mirándole con profunda emoción).—¡Oh, esas lágrimas! (Llora también). También mis ojos están llenos de llanto. (Se arroja cerca de Don Quijote y le acaricia la cabeza como á un niño). Excelente señor, mi querido amigo, ¡cuánto os compadezco! (Sollozando). De todo corazón, de todo corazón... ¡Ah, pobre hombre mío!

Júzguese por lo que dejo trascrito, lo desnaturalizado que Don Quijote y Sancho han salido de las manos de Richepin. Por muy *aquijotada* que el cómico Leloir tenga la figura y por muy sonoros que sean los versos del poeta, es lo cierto que en el Don Quichote de la Comedia Francesa no conocería al verdadero Don Quijote ni el padre que lo engendrò.

A las grandes creaciones del genio, hasta los poetas, á los cuales tantas libertades se les permite, deben acercarse con respeto. A no ser en una obra bufa, deliberadamente disparatada, no sería lícito convertir á Aquiles en el cortejo de Helena, ó al conde Ugolino en marido de Francisca de Rimini, ni á Don Quijote en tío de Dorotea. Y si esto no es lícito, lo es menos desvirtuar completamente el sentido filosófico de un poema, cambiar los caracteres de personajes que son ya verdaderos símbolos y convertirlos en los muñecos de un retablo, como el de Maese Pedro.

Tampoco habría estado de más que la dirección de la Comedia Francesa hubiera estudiado con más esmero la *mise en scene* de *Don Quichote*, con lo cual hubiera suprimido el sombrero calañé de Dorotea, las ventas con patios moriscos y otros disparates de que nos ha dado cuenta en interesante crónica el amigo Blasco.

En resumen, de su última aventura, Don Quijote ha salido con no poco quebranto y molumento de huesos.

Y vengamos á lo nuestro.

Lo nuestro ha sido en los primeros días de Noviembre, los estrenos en el Español de *La Loca*, y en la Comedia de *Amor y Ciencia*.

Iremos por partes.

La Loca es la primera producción escénica de don Alfonso Ruiz de Grijalba y adolece de los defectos en que suelen incurrir los principiantes en el difícil arte del teatro. El autor, enamorado de unas cuantas situaciones de efecto, llega á ellas sacrificando la verdad y la lógica. Además, como se dice en el argot teatral, no mueve bien los muñecos.

Pero si le faltan las cualidades que se adquieren con la práctica, en cambio posee aquellas otras que dirigidas convenientemente pueden darle el triunfo en obras sucesivas. Hay en *La Loca* viveza en los efectos, vehemencia en las pasiones, fuerza dramática en algunas escenas y soltura en el diálogo. La obra del Sr. Ruiz de Grijalba no puede ser considerada como definitiva, es, sin embargo, un ensayo, un tanteo que no debe calificarse de desafortunado.

La Loca dió ocasión á María Guerrero para que hiciera alarde de su talento y facultades artísticas. La ocasión del triunfo alcanzado por la insigne actriz, es uno de los méritos de *La Loca*.



Amor y Ciencia es el título de la última comedia de Galdós. Tratándose de una obra de autor tan exímio como lo es el de *Los Episodios Nacionales*, sería desatención enorme juzgarla ó pretenderla juzgar en los pocos renglones que puedo añadir á la presente crónica. Lo único por lo tanto que aquí he de decir, es que el efecto producido en los espectadores por la representación de *Amor y Ciencia*, no fué tan lisonjero como hubiera sido de desear. El público aplaudió á Galdós ¿cómo no?; pero con su obra se manifestó reservado y algunas veces impaciente.

La comedia aboga unas veces directamente y otras por medio de símbolos un poco confusos en pró de la regeneración de España. La ciencia, la cultura y el estudio podrán redimirnos de nuestras faltas pasadas, y el amor y la tolerancia resolver armoniosamente los conflictos que nacen de la ceguedad de las pasiones y de tiránicos prejuicios sociales.

Como se ve, la intención de *Amor y Ciencia* no puede ser mejor; pero en el teatro no siempre basta con la intención. Una cosa es predicar el bien, la virtud, la energía moral, y otra apoderarse del corazón y de la fantasía de los espectadores. Esto último, que es el triunfo supremo del autor dramático, no lo ha conseguido esta vez el insigne novelista.

Como ya he dicho, no me queda tiempo para enredarme en disquisiciones críticas. Me limito á consignar un hecho.

ZEDA



EL TEATRO



FERNANDO DIAZ DE MENDOZA
EMINENTE PRIMER ACTOR Y DIRECTOR DEL TEATRO ESPAÑOL

Fot. Audouard



EL ALCALDE
Sr. Cervera

MARIA ANTONIA Srta. Rodriguez
PILOMENA Sra. Domingo
EL ALGACIL Sr. Benitez

BARTOMEU
Sr. Lorente

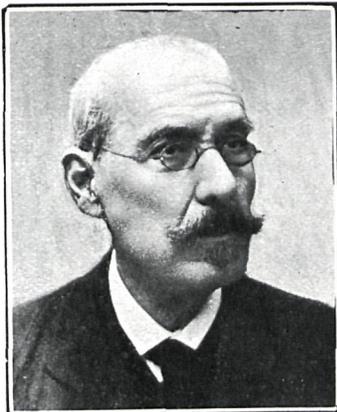
TERESA
Srta. Martinez

«EL RODER».—CUADRO PRIMERO

EL TEATRO EN PROVINCIAS

ESTRENO DE «EL RODER»

ZARZUELA CÓMICO-DRAMÁTICA VALENCIANA, EN UN ACTO, DIVIDIDA EN TRES CUADROS, LIBRO DE D. EDUARDO ESCALANTE, MÚSICA DEL MAESTRO D. SALVADOR GINER



D. SALVADOR GINER
Autor de la música

EL teatro regional da muy de tarde en tarde pruebas de existencia en España.

Exceptuando Cataluña, que cuenta con algunos autores de indudables méritos y de fecundidad suficiente para sostener un teatro en la capital y varios en las provincias, con sus correspondientes compañías que no actúan en otro dialecto que el regio-

nal, y Valencia, que con menor número de autores y de artistas se esfuerza en sostener su arte, rara es la provincia española que cultiva ya el fruto propio.

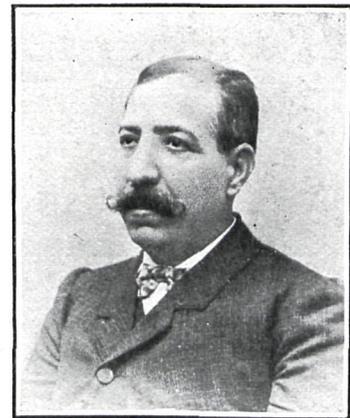
Aún aquellas que conservan en sus costumbres rasgos característicos, y procuran no olvidar su dialecto, han cumplido, en lo que al arte dramático se refiere, á la invasión castellana, y sus teatros se alimentan exclusivamente con las obras estrenadas en Madrid y con las compañías que en la capital se organizan.

El teatro valenciano, rico en producciones de verdadero mérito, permanecía silencioso, y en los últi-

mos años solamente había dado alguna que otra obra. En las estanterías de los archivos en polvabanse los ejemplares y las partituras sin que hubiera empresas capaces de arriesgar su dinero resucitando el repertorio, ni autores con ánimos bastantes para reanudar la obra de resurrección por cuenta propia. Tampoco los autores sentíanse dispuestos á aumentar el caudal de aquella lite-

ratura con nuevas producciones, temiendo que sus esfuerzos se estrellaran contra la indiferencia del público. Pero Eduardo Escalante, uno de los más esforzados y brillantes paladines del teatro valenciano, que no es de los que se dejan abatir por el desaliento, se ha lanzado nuevamente á la lucha escribiendo una nueva zarzuela cuyo estreno en el teatro de Apolo, de aquella capital, ha constituido un acontecimiento artístico verdaderamente interesante.

Desde que se anunció en los carteles su estreno, aguardábase este con impaciencia y se esperaba un verdadero éxito, no solamente por lo que al libro



D. EDUARDO ESCALANTE
Autor del libro



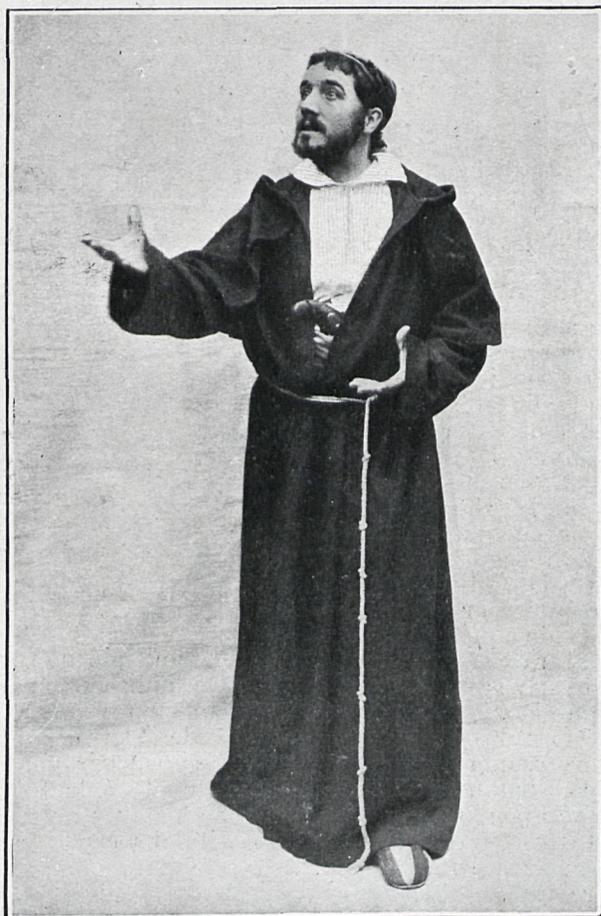
BERTOMEU
Sr. Lorente

EL RODER
Sr. Gascó



MARÍA ANTONIA
Srta. Rodríguez

MABOURRA
Srta. Zárraga



EL RODER PELEGRÍ, Sr. Gascó

«EL RODER». — CUADRO PRIMERO



BERTOMEU, Sr. Lorente